



ISSN: 1699-2849

Registro de propiedad intelectual *safecreative* nº 0910284775023

EL MITO DEL ASCENSOR ACRISTALADO.

Federico Quirós



Mc 4, 26 : Así es el reino de Dios,
como cuando un hombre echa semilla en la tierra;
y duerme y se levanta, de noche y de día,
y la semilla brota y crece sin que él sepa cómo.
(Dios me eleva aunque no me dé cuenta)

Objetivo de esta comunicación.

Consiste en ayudar a comprender que el crecimiento personal y esencial del hombre son sin separación y sin confusión. Proponer o sostener que el acto de ser personal crece siempre. Y no decrece.

Introducción.



Veamos cómo empezó todo:

Estaba yo en mi Patmos, cuando se me acercó una voz de Madre. Ella me ofreció un libro de pastas duras. Su título "El mito del ascensor acristalado". En realidad era un libro ultramoderno, pues se abría hacia adentro y hacia afuera. Y vean lo que encontré: estaba yo sentado en un ascensor (nuestro ascensor es enorme pues cabe en él toda la humanidad), feliz con mi móvil, teniendo instalada la aplicación VAR (versión cielo, con múltiples pantallas que comunican el interior del ascensor hacia la estratosfera y en sentido inverso, de la estratosfera con el interior del ascensor). Aplicación que me permitía ver cada vez mejor el Panorama, y cantar y reír con los que usaban la misma aplicación. Pero lo más interesante era que el ascensor, inmenso, era todo acristalado, con grandes ventanas que permitían ver el exterior, mirar hacia afuera, aunque su finalidad principal no era ésa. Las aperturas iluminaban el interior del ascensor donde los humanos trabajaban con más o menos acierto, con más o menos alegría.

1. El ascensor acristalado. Mito para comprender mejor el crecimiento de la persona humana.



La parábola o mito del ascensor acristalado puede ayudarnos a entender mejor el crecimiento de la persona humana. Dios, cuando nos crea, nos introduce en un ascensor acristalado. Y lo pone en marcha. Nos eleva sin cesar. Si cerramos los ojos, no veremos el mundo, el Panorama, como lo ve Dios, según la altura de nuestro tiempo. Pues tenemos los ojos cerrados. Sin embargo, toda la Humanidad creada crece en Dios, elevada, sin cesar, por Dios. El crecimiento de las personas es una "elevación" hacia Dios (hacia la Unidad de la Vida de Amor). Si queremos, la elevación nos permite ver cada vez mejor el Panorama. Una aclaración: El crecimiento de la persona humana tiene tres dimensiones. De menor a mayor: crecimiento físico, crecimiento esencial y crecimiento del acto de ser personal. Sin confusión, sin separación. Estas tres dimensiones se corresponden con tres distinciones antropológicas: cuerpo, alma y espíritu. Sin confusión, sin separación. El crecimiento del cuerpo es natural, pero los demás y nosotros mismos podemos ayudarle a crecer. El alma es, a la vez, forma del cuerpo y esencia o manifestación de cada persona. Se entiende así la unidad de la persona, pues el alma hace de eslabón entre cuerpo y espíritu. Pues bien, el crecimiento de la dimensión "esencial", o manifestativa, de la persona humana es el poder "mirar" cada vez mejor el Panorama (el mundo), y el poder mejor mirar a las demás personas y ser mirados por las demás personas, pues estamos en el mismo ascensor (la naturaleza es común). Crecemos al mirar, al esencializar. Al ser elevados, al subir en el ascensor, podemos "mirar", si queremos, viendo y queriendo cada vez más y mejor el mundo y los otros. Ese mirar más, no es otra cosa que nuestra vida o crecimiento esencial (alma). Intentemos ahora comprender, gracias a

nuestro mito, lo que es la dimensión "personal" del crecimiento, la dimensión más profunda de nuestro crecimiento. El acto de ser que somos, crece al ser elevados, con toda la humanidad, hacia la "Unidad del orden del Amor de Dios", hacia su Amor. Todos vamos en el mismo ascensor. Incluso sin darnos cuenta, "dependemos" más de Dios, estamos más cerca de Dios. Somos más capaces de Dios. Es una vida (crecimiento) trascendental. Para darnos cuenta de ese crecimiento debemos ponernos en condiciones de abandonar el límite mental, nuestro pensamiento. Haciendo pie en el límite, podemos alcanzar a conocer nuestro crecer personal. Según don Leonardo, el crecimiento del acto de ser personal es un crecimiento "intrínseco sin culminación", y equivale al carácter de "además" (siempre más, además y además). En la exposición del mito del ascensor acristalado, proponemos y sostenemos que el acto de ser personal crece sin cesar. El ascensor no se puede parar. El profesor Sellés habla de un eventual decrecimiento del acto de ser personal. A mi entender lo que puede decrecer es la manifestación de la persona, que se puede caracterizar como una "despersonalización", pero Dios no se vuelve atrás.

2. El ascensor sube, sin cesar, con un crecimiento intrínseco sin culminación.

Este crecimiento es el Don de Dios. Insistimos en la comprensión de la elevación. Cuando decimos "elevación", hablamos de un movimiento que no cesa. No se trata de que "estemos" elevados, sino que estamos siendo elevados. "Elevación" en la Antropología trascendental poliana significa, a mi entender, dualidad ascendente: un miembro superior que tira hacia arriba del miembro inferior.



Es importante darse cuenta de que "elevación" es el elevarse incesante y actuoso. No es el "estado" de estar elevado, sino el abrirse en comunión. Por eso sostenemos que el acto de ser personal no es "intensivo", si con ello queremos decir que es de un grado mayor o menor, pues siempre es "además", *ademasea*, o crece, sin cesar. En el acto de ser no hay "potencia" de crecimiento. El acto de ser es acto sin potencia. Actuosidad. No pasa de potencia a acto, sino que es acto sin cesar elevado. (Lo que es "intensivo" es el mirar: vemos más o menos si abrimos los ojos y poseemos virtud). Desde este punto de vista comprendemos que Salvador Piá se opusiera a hablar de crecimiento a nivel del acto de ser. En su tesis doctoral, p.375, dirá que la noción de crecimiento no se debe atribuir al co-acto de ser (al acto de ser personal), como nosotros venimos haciendo. El "además", dice, ni crece ni decrece, porque de suyo equivale a actividad insistente o siempre más. El además no está en potencia de ser siempre más. Se está en potencia de lo que no se tiene. No se está en potencia del acto de ser. Se está en potencia, dice Piá, a nivel esencial. Y concluye indicando que la noción de crecimiento, en la medida en que implica potencia, solo se debe atribuir, con propiedad, a la esencia humana. Sin embargo, nosotros sostenemos que sí se puede hablar de crecimiento a nivel personal, siempre que lo entendamos como crecimiento intensivo sin culminación. Es decir, como una elevación, sin detenerse, hacia la Unidad en Dios, hacia el Amor que es Dios, en Quien somos. No somos potencia de Dios, pues siempre seremos acto en Dios, pero somos elevados desde Dios. Somos actuosidad hacia Dios. El crecimiento del acto de ser personal no cesa. Equivale al carácter de

"además" o actuosidad, que se distingue realmente de la *persistencia* (llamamos "persistencia" al acto de ser del universo material que, sencillamente, se "despliega"). Podemos cerrar los ojos y el universo persiste, sigue tras los cristales de nuestro ascensor. (El cuerpo también crece, aunque no lo pensemos, aunque no lo queramos). El crecimiento del acto de ser personal también se distingue de la segunda dimensión del crecimiento humano, es decir del crecimiento de la vida o esencia humana (la esencia humana, repito, es la manifestación libre del "además", es el mirar). La actuosidad (el carácter de además) nunca cesa. Es sin culminación. Lo que sí puede detenerse es su manifestación libre, cuando, subiendo el ascensor, cerramos los ojos o desviamos la mirada o cometemos torpezas. Dios eleva, pero podemos "no querer". Contrariamente, si la persona es dócil, y abre los ojos con atención y es generosa..., servirá a la manifestación del favorecer de Dios a su criatura libre. (No olvidemos que en cada dualidad, el miembro superior "favorece" al inferior y el miembro inferior "sirve" al superior). Si, según su esencia, la persona se niega libremente a servir, la elevación queda inédita. (Esa negación es el error peculiar de la libertad, también llamado pecado o mentira). Conclusión: ¿Qué es el crecimiento intrínseco sin culminación? No es otra cosa que la elevación por Dios de la persona humana. Elevación que no cesa. Inclusión hacia Dios, en Dios, si queremos. Es Don de Dios. Esto no quiere decir que seamos conscientes de esa elevación. También estamos subiendo mientras dormimos. Estamos subiendo aunque cerremos los ojos. Ahora podemos entender lo que llamaremos don de la persona (con minúscula). El don de la persona es la aceptación de su elevación. La aceptación del Don. Aceptación mediante su acción, mediante su esencia, mediante su disposición. El don de la persona es su destinar.se a Dios (don), al ir "hacia" Dios (Don). El ser hacia Dios es el Don, el darse a Dios es su don. Es su añadirse a la Llama que es Dios. Luego el don personal será Don-don. La persona es "actuosa" porque Dios le da el Don de ser libremente hacia Dios. Su co-ser es además. Pero, y

esto es importante, la aceptación se realiza a través del "yo", que es el ápice de la esencia humana. Dios que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti. El profesor Juan A. García habla de una "cierta" anticipación de la esencia. Anticipación que Dios toma en consideración, al crearnos libres. Dios, en "cierto" modo, ve de antemano nuestra vida, nuestro don, y nos otorga el ser, conociendo nuestra respuesta, para que la corroboremos. Es el gran Misterio de la vocación de María. Conclusión final, el crecimiento personal (que es una elevación en marcha) equivale al carácter de además, ratificado por la libre disposición de la persona.

3. Crecimiento sólo desde Dios.

Pero con el don humano (Don-don).

Aunque la persona humana se añade, no añade nada a Dios. Es llama en la Llama. Entendamos la fórmula utilizada por Vargas: crecimiento "sólo desde Dios".



El crecimiento personal es una elevación, un tirar hacia arriba de la parte de Dios, que no deja de actuar a nuestro favor. La fuente del crecimiento, la fuente de la actividad, procede de la gratuidad divina a la cual el hombre se abre activamente. La Fuente es el Espíritu Santo elevador. La persona humana nace incesantemente de Dios. Esto quiere decir que, además del orden del universo, existe un orden superior, que podemos llamar, con expresión agustiniana, el orden del amor, *ordo amoris*. Un orden que es respuesta amorosa a la llamada de Dios, que eleva sin pedirnos permiso. Nos ha creado y sigue elevándonos sólo desde Dios. La respuesta plena (suponiendo la aceptación de Dios) es un libre cantar, un crecimiento sin cansancio, un darse sin reservas, un abrirse

esperanzadamente a Dios. La libertad se expande cual *big bang* amoroso. Pero eso no significa que la persona humana no haga nada. La persona humana obedece, si quiere. Libremente. La persona humana co-genera desde Dios. Crece desde Dios. "Desde" indica dualidad de agentes. El receptor no es pasivo. Hay un "desde" Dios y un "para" de la persona humana. Para la gloria de Dios. Entendemos ahora la famosa frase de Polo "el hombre solo es un absurdo" y añadimos, Dios nunca actúa solo. El "sólo desde Dios" apunta a la iniciativa divina. El ascensor es elevado por el Elevador. Pero Dios nunca actúa solo. Dios cuenta con nuestra réplica. Cuenta con la manifestación de nuestro querer.

4. Vida significa crecimiento.

La vida humana es crecimiento desde Dios que cuenta con nuestra respuesta. Sin confusión, sin separación.

Gracias al abandono del límite mental en su tercera dimensión, alcanzamos el ser de la persona humana. Pero abandonar el límite mental no significa desprenderse de la esencia. Vida significa crecimiento. Crecimiento integral de todas las dimensiones de la persona. La vida humana es crecimiento personal mediante la esencia. Mediante la manifestación, disposición, iluminación y otorgamiento de cada persona.

La persona crece gracias a la unidad de su vida. La unidad de su crecimiento. No solamente gracias a su apertura hacia afuera, a través de la cual extiende su libertad, sino también gracias a que es intimidad (apertura interior) y gracias a que es apertura hacia adentro, extendiendo también su libertad, si quiere. La persona crece cuerpo, alma y espíritu, sin cesar. Pero el crecimiento personal no es patente sin el querer del alma y sin el crecimiento del cuerpo (un cuerpo que será glorioso más allá de la azotea). No somos ángeles. Si no nos manifestamos gracias al cuerpo (en familia), no hay manifestación de la persona, pues debemos estar vivos. El rostro es esencial. También en el Cielo donde tendremos el

rostro correspondiente. Aunque estemos subiendo en el ascensor (elevación trascendental propia de la persona), la persona debe aceptar su crecimiento trascendental, mirando. El crecimiento se ratifica al "mirar" más. ¿De qué sirve subir si no miro? Sin separación, sin confusión.

5. En el amar donal podemos descubrir el crecimiento en todas sus dimensiones.

Para entender el crecimiento integral de la persona humana, trascendental y esencial, sin separación y sin confusión, fijémonos en el cuarto trascendental, el amar personal. (Lo mismo ocurre en los otros tres trascendentales personales, pero en el amar se ve más clara la inclusión del don esencial). Porque el cuarto trascendental, el más alto, es una tríada amorosa: aceptar-dar-don. Viene bien aquí recordar, acogiendo la propuesta de Adam Solomiewicz, que la estructura del amar personal es una doble tríada amorosa. Tríada A: Dar de Dios, el ser personal como Don de Dios, el aceptar de la persona. Tríada B: dar de la persona, su don esencial, el Aceptar de Dios. El Don divino (lo que Dios Da es el acto de ser de la persona humana, que es elevado sin cesar), incluye en su seno el don humano, trascendiéndolo. Tenemos así el Don-don. Llamaremos crecimiento de la dimensión esencial de la persona humana a la constitución y donación temporal del don (al abrir los ojos en el ascensor acristalado). Ese don es nuestra vida en este mundo que debemos ofrecer a Dios. Y llamaremos crecimiento del acto de ser personal a la subida del ascensor, sólo desde Dios. "Sólo" no significa soledad, sino pureza: dos actos hacia la Comunión. Nuestro aceptar trascendental es un acto que se une al Dar de Dios, al aceptar trascendentalmente nuestro acto de ser. Pero atención, nuestro aceptar trascendental exige que lo manifestemos, es decir, que esencialmente ofrezcamos nuestra vida (esencia) a Dios y que ésta sea aceptada por Dios. El don que completa la tríada amorosa, Dios-don-persona humana, es doble: Don de Dios y don de la persona.

Don-don. El don es "trascendentalmente" el ser creado por Dios y "manifestativamente", la esencia humana, que crece libremente en esta vida a medida que esencializamos nuestro mundo y las relaciones con los demás. En esta vida aprendemos a amar, otorgando dones. Hemos dicho "manifestativamente", porque en la vida eterna, cuando Dios acepte nuestro don esencial, este don deviene trascendental, pues el don de la persona humana forma ya parte, "trascendentalmente" de nuestra Réplica de Dios. Juan A. García me apuntó que en el Cielo la esencia es atravesada por el acto de ser. Pienso que es una bonita manera de explicar que la esencia deviene acto de ser, sin confusión, sin separación. Y un día creí decir al profesor Ignacio Falgueras, que en la otra vida la esencia estará por encima del acto de ser. En definitiva, es así como se completa la tríada amorosa del amar personal humano. Damos nuestra vida esencial, que debe ser aceptada por Dios (eso es el Juicio). Si Dios la acepta, el don "deviene", si ustedes me permiten, trascendental. Alguien puede objetar que también podemos dar a Dios nuestro ser y no nuestra esencia: Pero ¿qué significa "dar mi ser"? Para amar hay que dar un don, esperando que sea aceptado. Dar mi ser significaría que mi ser está en mis manos. Y mi ser no está en mis manos pues mi intimidad carece de réplica en su interior. Es cierto que puedo comprometerme a dar mi futuro, pero el futuro será siempre futuro, pues soy libre. El subir del ascensor pide que la persona se manifieste libremente. A mi entender, no hay amor donal sin manifestación esencial. Lo mismo sucede en los otros tres trascendentales personales. Sin embargo, cabría un conocer trascendental de Dios, sin la intervención de la inteligencia. La objeción se resuelve si nos damos cuenta de que los cuatro trascendentales se convierten. ¿De qué serviría conocer a Dios trascendentalmente si Dios no lo acepta? Los cuatro trascendentales, para ser cabales, esperan la aceptación de Dios. Cada trascendental es dual y crece (buscando un tercer componente, pero respetando la jerarquía), abriéndose hacia Dios, que es Trino. Decimos "respetando la jerarquía" porque los

trascendentales personales se convierten en cadena. El co-ser busca su réplica subiendo libremente al inteligir y al amar. El trascendental más alto, el amar, se da y acepta su Réplica de Dios. (Da su esencia y acepta su ser, como hemos visto). Ese crecimiento hacia su Réplica de Dios, es posible por la orientación o apertura de cada trascendental hacia Dios. Estas aperturas, las llamo "humildad", "esperanza", "fe" y "caridad", según cada uno de los trascendentales personales: humildad del co-ser, esperanza de la libertad, fe del entender y caridad del amar. No son las virtudes teologales, sino aperturas trascendentales. En el amar personal, la tríada amorosa de la persona humana (aceptar, dar y don) es también, de entrada, incompleta, pues el acto de ser humano (la persona humana en cuanto "amar personal") no posee íntimamente su don: su aceptar y su dar carecen del don aceptable por Dios. Para constituirlo tendrá que abrirse hacia afuera. Entendemos así la importancia "esencial" de la acción.

6. Al subir hacia arriba intensificamos, si queremos, nuestra comunión con Dios.



Dios nos ha creado para que, libremente, juguemos en Él, y con Él, los juegos del Amor. En el Cielo. Más allá de la azotea. Cuantos más juegos y más personas juguemos, mejor. Cada uno aportará al juego su don, su vida (la vida es el crecimiento de la esencia humana, que cada uno aportamos). Estamos en el ascensor para crecer. Al ir subiendo hacia arriba, podemos conocer mejor, por los ventanales que dan al exterior, el

universo físico, que deviene así el mundo de cada uno, e incluso adivinar algo del nuevo mundo que está más allá de la azotea y en el que viviremos eternamente. Al ir subiendo en el mismo ascensor, podemos conocer y jugar ya con los demás, aprendiendo a amar. Esta apertura hacia los demás es, como la apertura al universo, una apertura hacia afuera, que extiende nuestra libertad. Podemos denominar "amor donal" o simplemente "comuni3n", al contenido de los juegos del Amor en Dios. Este contenido es manifestaci3n, disposici3n, iluminaci3n y otorgamiento de cada persona humana, que libremente juega. No hay amor donal sin manifestaci3n "esencial". La persona humana no puede prescindir nunca de su esencia, de su manifestaci3n libre. La esencia es "esencial" para cada persona humana. La historia de la Humanidad es un subir hacia Dios sin cesar, en el que van apareciendo las novedades de los juegos del amor.

7. Problemas en la ascensi3n. El pecado en el tiempo y en la eternidad.

Desgraciadamente, el hombre puede detener, e incluso anular, la manifestaci3n de su crecimiento, si se opone voluntariamente al juego.

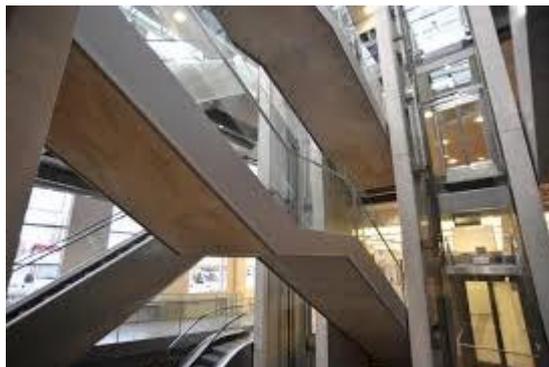


Mientras que no se oponga, crece, es elevado, aunque no se dé cuenta (un día lo sabrá), porque es un crecimiento "sólo desde Dios". Sólo en Dios. Ejemplo: el crecimiento del embri3n humano en el seno de su madre. Incluso si se opone (pecado en el tiempo), Dios sigue elevándolo,

y cuando deje de oponerse, y se convierta, descubrirá que mientras que perdía el tiempo en obscenidades, Dios le quería más, esperándole. Las páginas tristes de nuestra vida no hacen más que crecer el Amor de Dios por nosotros. Creemos sin darnos cuenta, sólo en Dios. Otra cosa sería, cual demonio, oponerse eternamente. Su elevación quedaría inédita para siempre. Es el pecado en la eternidad.

8. La elevación del ascensor en Dios es continua para toda la humanidad. Sin embargo, cada persona vive la elevación en su tiempo personal. Es posible distinguir cinco elevaciones en cada persona.

El ascensor sube sin cesar. Toda la humanidad que vive en el ascensor, sube sin cesar. La altura del ascensor es la altura de nuestro tiempo. No estamos a la misma altura en el siglo XXI que en el siglo XI. Otra cosa distinta es en qué medida cada persona del ascensor está a la altura de su tiempo histórico, pues cada persona es una novedad, nace *ex novo* de Dios. Cada persona necesita ir creciendo, abriendo los ojos, mirando, con la ayuda de los demás, para acercarse a la altura del tiempo histórico.



Cada persona humana, aunque sea creada en un momento histórico concreto con sus contemporáneos, tiene su crecimiento personal propio, dependiendo de su manifestación esencial. Pero independientemente de su querer crece, trascendentalmente, hacia su destino, al ir siendo elevada, por Dios, hacia la felicidad (*ordo amoris*) y Dios lo hace según

cinco elevaciones que podemos llamar "trascendentales", a saber: la creación, la llamada inicial, la insistencia o mantenimiento de la llamada, la santificación y la glorificación. Inicialmente, Dios crea cada persona con tres elevaciones que son simultáneas y necesarias, no cesan, a saber: creación, llamada inicial e insistencia.

a) La creación

Llamamos creación primera a la creación del ser del universo físico, que se despliega según su esencia. La persona humana, en el momento de su creación, es colocada en el ascensor, situada en el universo físico. Viva, con vida recibida de sus padres. Es una naturaleza humana modalizada personalmente. Dios nos crea, crea el espíritu que somos, desde y según esa materia concreta, vida físicamente determinada en el ascensor. Materia que ahora es expresión de un cuerpo "humano". Aunque la persona no se dé cuenta. Nuestra condición material es elevada, constantemente, a ser la manifestación corporal de una persona humana, creada directamente por Dios.

b) La llamada inicial.

La llamada inicial es el modo peculiar como Dios crea cada persona humana. Dios la crea, "llamándola". Noten la exquisita ternura de un Dios que no nos crea despóticamente, sino en libertad. Nos "llama". Llamamos creación segunda a la creación de cada persona humana. Dicho en términos clásicos, la unión del alma con el cuerpo. Dios crea la persona humana como libertad de destinar su mundo. La persona habita el universo físico convirtiéndolo en su "mundo". El fruto de la llamada inicial es la apertura trascendente: el hombre es capaz de Dios. Co-existencia libre. Dios nos abre, llamándonos, atrayéndonos a su Intimidad, elevándonos. Es la elevación de nuestro espíritu, proveniente del favorecer de Dios, que abre cada uno de los trascendentales personales. La persona humana es orientada y elevada "hacia" Dios abriendo cuatro aperturas

transcendentales, fruto de esa llamada inicial. El panorama se amplía así, en el ascensor acristalado gracias a esas cuatro aperturas transcendentales, que son infusas y naturales. A la llamada inicial podemos llamarla gracia inicial (que abre el radical co-ser hacia Dios). A esta apertura transcendental la denomino humildad trascendental). La llamada inicial en cuanto que también abre los otros tres transcendentales personales hacia Dios, podemos también llamarla gracia primera. A estas tres aperturas transcendentales las denomino de la siguiente manera: la esperanza trascendental es la apertura de la libertad. La fe es la apertura del inteligir personal. La caridad trascendental es la apertura del amar. (Ustedes comprenden que no se trata de las virtudes teologales de la teología, sino aperturas naturales de la persona humana a Dios, desde su creación).

c) La insistencia o mantenimiento de la llamada

Es el tirar de Dios, hacia arriba, que no cesa de elevarnos libremente. Recuerden que "elevación" no significa que "estemos" elevados, sino que estamos siendo elevados. Cuando decimos "elevación", hablamos de un movimiento que no cesa. Insistencia en la llamada. Aquí se incluyen también intervenciones sobrenaturales de Dios que nos favorecen aún más. Por ejemplo, cuando Dios llama a un pagano a reconocerle como el Dios vivo. Debemos explicar ahora otras dos elevaciones que no tenemos de entrada: la santificación y la glorificación.

d) La santificación:

Para entenderla nos servirá volver al ejemplo del ascensor acristalado: imaginemos en el interior del ascensor, una sala enorme, con pantallas en color, donde se pueden ver, por anticipado, los misteriosos juegos eternos, que están más allá de la azotea. Esas pantallas (cual un VAR) nos hacen gozar de una elevación sobrenatural que los teólogos suelen llamar

"gracia santificante", anticipación de la vida eterna. (Tras la caída, la llamamos "nueva creación").

e) La glorificación es el encuentro definitivo con Dios, más allá de la azotea, en el que conoceremos cómo Dios nos conoce: como hijos que serán siempre "además", jugando y cantando eternamente.

x) Pero además de estas cinco elevaciones no debemos olvidar que "trascendentalmente" hubo una caída (que se corresponde con lo que la teología llama pecado original). No es otra cosa que la comunión con el maligno, con el don "nadie". Es la caída trascendental. La pandemia original. Un oscurecimiento del ascensor que dificulta la visión hacia afuera y hacia adentro. Las consecuencias de este apagón inicial son patentes. La principal, la ignorancia. Sin embargo, el ascensor no ha dejado de subir y la esperanza no cesa de renacer. La humanidad subsiste hacia su Destino.

9. "El ver y el mirar" desde el ascensor. Nacer destinando.se.



Crecimiento intrínseco sin culminación, hemos dicho. Ése es el crecimiento del acto de ser personal. Estamos en el elevador acristalado. Crecimiento sólo desde Dios, hacia la Unidad. En cierto modo, solamente en cierto modo, "predestinación", o más ajustadamente, "vocación". Teniendo

siempre en cuenta que el "desde" indica dualidad de agentes pues el receptor, el ascensor, no es completamente pasivo. Insistamos en la relación entre la dimensión personal del crecimiento y la dimensión esencial (sin confusión, sin separación): Gracias a la elevación constante e irrestricta, que eso es la dimensión personal del crecimiento, podemos ver el mundo y podemos ver a los demás cada vez mejor, desde más altura, y ese "ver", aunque no nos demos cuenta, es la dimensión "sólo desde Dios" del crecimiento de la persona humana. Dios nos eleva sin cesar. Pero, atención, no basta "ver", la persona puede libremente "mirar". Y "veremos" según el modo como libremente miremos. Porque también podemos cerrar los ojos, o desviar la mirada, o caer en las alucinaciones, o, desgraciadamente, preferir las obscuridades originales del ascensor. La dimensión personal del crecimiento debe ser servida por su dimensión esencial. Los ojos deben abrirse y estar sanos. Si el yo no dispone, si no quiere, si no otorga desde sus adentros, no habrá don de la persona, no habrá amor donal y la persona quedará, al menos en este tiempo, inédita (aunque trascendentalmente siga creciendo). El bebé que muere, que sale del ascensor, podrá recuperar el tiempo perdido, más allá de la azotea. De ahí que podamos decir que si no queremos, no crecemos. (El "querer" es manifestación de lo que la persona quiere libremente ver). La esencia es esencial para la persona. Aunque Dios nos dé incesantemente el Don, elevándonos trascendentalmente (llamándonos, pues somos libres), no crecemos, faltos de "mi" respuesta (del don de mi vida que yo debo otorgar). El Don queda frustrado, hasta que rectifiquemos. El estar abiertos a aceptar más donación (potencia obediencial activa), que no es otra cosa que el estar vivo en el ascensor, es Don de Dios que tiene en cuenta la respuesta humana. Y esa respuesta, libre, se manifiesta como "disposición", esencialización. No "estar dispuesto", sino "disponer". Si el yo no otorga, no habrá entrega. Habrá Don de Dios, pero no habrá don donado por la persona, sino frustrado, al menos por ahora. ¿Cómo destinarse al Destino? No rechazándolo. Obedeciendo. Obediencia

inteligente, activa. Ese no rechazo se manifiesta como respuesta del yo. Es el "yo" el signo eficaz de la constitución del don, desde su adentro, disponiendo al querer, (supuesta, claro está, la aceptación divina que conoceremos en nuestro Juicio particular). Gracias al otorgamiento manifestado en el adorar-yo, se completa el don que faltaba a la tríada amorosa, del que carecía el Amar personal que somos. La "libertad como donación" de la que habló Ángel Luis González, es pues una libertad a tres:

1. Dios que llama,
2. la persona que responde,
3. manifestando, con su yo, su querer libre.

El crecimiento del co-ser (el crecimiento del acto de ser personal), ya lo hemos dicho, es un obedecer inteligente, (porque quiere), al Don de Dios, a su destino. El co-ser crece pues crecen también la libertad, el entender y el amar. Adam Sołomiewicz tiene una propuesta sumamente aclaratoria al estudiar la dualidad radical de la persona humana. Adam propone que la dualidad radical tiene dos miembros: 'El miembro nativo de la dualidad radical humana es el nacer trascendental y el miembro destinativo de dicha dualidad es el destinarse trascendental'. 'Nacer trascendental' significa la relación humana nativa en Dios –su Origen personal– que se extiende a las dimensiones humanas inferiores personalizándolas o empapándolas con el valor trascendental. 'Destinarse trascendental' es sobrepasar lo nativo: es autotranscenderse como apertura a Dios, su Destinatario personal. Entiendo que este autotranscenderse, es el crecimiento personal del que venimos hablando. Al "mirar", "vemos"...

10. La pantalla de lo sobrenatural en el interior del ascensor: anticipación del encuentro definitivo con Dios.



Abordamos ahora el tema de lo sobrenatural. La explicación de la gracia santificante: Mientras vivimos nuestra vida terrestre (mientras subimos en el ascensor), podemos, a través de una pantalla en color, que se encuentra en el interior del ascensor, ver una anticipación de lo que habrá más allá de la azotea. Esa anticipación (que muchos llaman también elevación) es lo que los teólogos designan como gracia santificante. Existe un consenso sobre el sentido de lo sobrenatural: una nueva elevación por la que participamos de la Vida íntima de Dios. Pero tendríamos que preguntarnos ¿es que el crecimiento, natural e irrestricto hacia la Unidad, no es ya participación de la Vida íntima de Dios? El crecimiento personal, natural, trascendental, del que venimos hablando es, a mi parecer, Vida divina, pues crecemos en Dios, Vida íntima de Dios. La persona humana es naturalmente dual: es ella y su Réplica, es ella "en" su Réplica de Dios. Para mejor comprender lo sobrenatural, el nuevo don, en lugar de enfocarlo como "intimidad", prefiero caracterizarlo como una anticipación del encuentro definitivo con Dios. El crecimiento personal natural es ya Vida íntima de Dios. Estamos en el ascensor acristalado subiendo hacia Dios desde nuestra concepción. Pero estamos en gestación. Estamos en vías de destinación. Sin embargo, por un don sobrenatural de Dios, poseemos como una pantalla, en el interior del ascensor, por la que podemos ver, más o menos, por anticipación, cómo seremos eternamente en Dios. Tenemos acceso al plan definitivo de Dios (que tendrá en cuenta

nuestra responsabilidad libre, nuestro querer). La clave de la distinción entre natural y sobrenatural (por ejemplo, entre fe intelectual y fe sobrenatural) estaría en si estamos aún en el tiempo humano, si estamos "en camino" hacia Dios, o si ya poseemos virtualmente el encuentro definitivo. Entiendo así que lo sobrenatural es la presencia del futuro eterno. Presencia que da relieve (altura y profundidad) a nuestro crecimiento. La presencia del futuro eterno no es la posesión del futuro sin desfuturizarlo, propia de la de libertad trascendental, sino el valor eterno de nuestro crecimiento natural. Gracias a la vida sobrenatural, vemos mejor, con vida "nueva", lo que naturalmente (elevados por Dios) podemos ir alcanzando. Además, no solamente vemos con luces "nuevas" nuestro destino, sino que Dios nos da la fuerza (sobrenatural) para alcanzarlo, si queremos. ¿En qué consiste esta "fuerza"? Pensemos, por ejemplo, en el don de Fuerza del Espíritu Santo. Los dones de la Tercera Persona son el coronamiento de las virtudes teologales naturales y de los hábitos innatos. El don de Fuerza es como una pantalla en la que el Espíritu Santo muestra y transmite la Fuerza del Verbo encarnado. (El Espíritu Santo no se ve, es el gran Desconocido, lo que se ve es el Verbo). Y al ver mejor somos motivados sobrenaturalmente. Es una Fuerza de atracción que no anula nuestra libertad. Luego la pantalla sobrenatural no es una sola. Es como el VAR. Varias o muchas pantallas en las que presenciamos el futuro eterno. Así aparece "lo mejor" para nuestra vida. Cuando queremos mejorar una foto en el ordenador, la editamos, y podemos aumentar su luminosidad, su color, su claridad o concentrarnos en una zona concreta. Eso es lo que hace el Espíritu Santo. Nos propone una mejora de la vida, acercándola a la solución definitiva. Otra comparación puede sernos útil: si disponemos del libro del maestro con la solución de los problemas, tendremos facilitado el camino para mejor recorrerlo, comprendiendo poco a poco el plan definitivo de Dios, que tenemos sobrenaturalmente anticipado. En la medida en que Dios me dé más fe sobrenatural en la Trinidad, sabré "mejor" abandonar el límite

mental y entrar naturalmente en el Misterio. (¿Ascética? ¿Mística?, sugiere Josemaría Escrivá, no importa. Vivimos en Dios).

11. No estamos solos en el ascensor. Mi Réplica.

Pero aún hay más, porque en el ascensor no estamos solos.



En el Cielo jugaremos, sí, pero ya en el ascensor comenzamos a jugar los juegos del Amor. Subimos acompañados de los demás, los otros, en el mismo ascensor. Cuando, esclavos de nuestro querer solitario, los hombres libres, compañeros en la ascensión, nos hablan de la luz íntima, exterior a nuestra caverna, mejor dicho, más íntima que nuestra intimidad, nos rebelamos quizá contra ellos y odiamos. ¡Qué distinto es jugar con los otros! Mirar juntos las infinitas pantallas de los infinitos futuros. Eso es la amistad. Las amistades son dúplicas. La dúplica es una réplica en pequeño. El otro no es otro yo, no es mi Réplica, pero algo de réplica tiene, por eso decimos que es réplica en pequeño. (Esto se lo oí, como tantas otras cosas, à Juan A. García Gz). La amistad auténtica es la amistad con Dios. Mi Réplica de Dios. Las dúplicas son dimensiones del Amor. Son amistades crecientes. El momento sublime en la subida del ascensor es cuando acontece el "encontronazo". Cuando se descubre el sentido de la vida (mi Verdad personal). Mi Réplica. Un día, estás sentado bajo la higuera, y se acerca Él:

-Yo soy tu réplica. Pero no creas que yo soy aquél que te dirá quién eres. No soy tu "imagen".

-Yo soy tu Réplica de Dios. Yo soy el que tú serás.

Digámoslo claro: mi Réplica es Jesús. Es él quien me explica el funcionamiento del VAR. Mi Réplica de Dios me va enseñando el sentido de mi Vida. Mi Verdad personal. Y me abre los ojos para que descubra que en interior del ascensor hay Ángeles. Entonces comprendo que cuando me abro hacia afuera, a través de los cristales del ascensor o tratando a los demás, puedo constituir dones y amar. Dones para Dios, en mi Réplica. Cuando me abro hacia afuera, hacia el mundo y hacia los demás, el gran acontecimiento es el encontronazo con mi Réplica de Dios. La Humanidad de Cristo, mi Réplica, se encuentra en el interior del ascensor. La persona humana, abriéndose hacia afuera, interioriza el universo físico, esencializándolo en ella. Interioriza, esencialmente, las manifestaciones de las demás personas y, sobre todo, puede encontrar la manifestación de su Réplica en la Humanidad de Cristo. Puede vivir la ascensión con Él. Al mirar, el mundo, los demás y Él, crecen en mi interior. La apertura hacia afuera es, por una parte, el mirar hacia afuera del ascensor (los trascendentales metafísicos, por ejemplo), pero también hay otro mirar hacia afuera que es descubrir que hay otras personas en el ascensor. La apertura interior es descubrir que soy intimidad. La apertura hacia adentro es descubrir mi Origen y Destino, buscando mi Réplica hacia Dios. ¿Quién soy? Tu Hijo, que te quiere.

12. La salida del ascensor y llegada a la azotea.

Ahora ya puedo ver a los Ángeles. Ellos susurran a los oídos. Y veo también cómo, constantemente, hay Ángeles que conducen a una escotilla llamada "muerte". Después supe que llevaba directamente a la azotea, antes de que termine el viaje de toda la humanidad. Cuando llegue mi hora en la que saldré del ascensor, seré transportado a un espacio sin gravedad, (el ámbito de la máxima Amplitud). -Un día vendré a buscarte, me dijo. Aprovecha la ascensión para aprender a amar, para constituir los dones que llevarás más allá de la azotea. -Soy Yo quien te juzgará y te

daré la recompensa de los niños que saben jugar. La Vida eterna. La salida del ascensor es la muerte, entrar en el mundo nuevo anticipado por el VAR, a través del cual, desde el otro lado, podré seguir en contacto con los que aún están en el ascensor.

13. El Cielo.

La Vida eterna la llamamos Cielo. Es la felicidad suprema y definitiva.



La Vida (el crecimiento en el Cielo) es otorgada por Dios, y se manifiesta según la medida en que cada uno acepte el Don de Dios (libre), con el que nos predestinó, contando con nosotros. Según el Don-don. En el Cielo, cuando Dios haya aceptado el don de mi vida, todo lo que manifieste (mi esencia) será agradable a Dios. Mirada desde la eternidad, la muerte es una consumación. La suma activa de mi donación entera. Y tras la muerte, tras la aceptación humano-divina del Don-don que seremos, se sigue creciendo, pero de otra manera. Siempre más. Es otro tipo de crecimiento que podemos llamar, siguiendo a Vargas, juego teándrico, la vida en la Vida del Verbo. El don-Don. Algo de ese juego (o mucho) podemos ya alcanzar desde nuestro ascensor acristalado, gracias a la pantalla en colores de lo sobrenatural (que es anticipación de la vida eterna). El juego sobrenatural es para siempre, incluyendo el nuevo mundo que vendrá con la glorificación de nuestros nuevos cuerpos. Los viejos desaparecen con el fin del mundo. Gregorio de Nisa en su *Canticum canticorum* ya consideró el constante crecimiento en el Cielo.



La actuosidad por excelencia es el juego, la mutua colaboración para la Gloria de Dios. Y cuantos más jueguen mejor. En el ascensor acristalado ya subíamos todos juntos. Gracias al diálogo (al dar generoso) apreciamos mejor el panorama. Dialogar es también jugar.



La libertad por excelencia es jugar. Y al destinarnos libre y definitivamente a Dios, el juego crece sin culminación. No es otra cosa que la canción de la alegría. ¿Cómo sé si soy libre? Si estoy alegre, dice Polo. ¿Cómo manifiesto el estar alegre? Jugando. En nuestra situación, aprovechamos el tiempo de esta vida, el tiempo a nivel esencial, en la medida en que crecemos trascendentalmente, jugando con Dios. El tiempo de esta vida es la ocasión para jugar mejor. ¿Cuál es la forma pura del juego? Cuando hablamos de "pura" o "puro" (acto puro, por ejemplo) nos referimos al acto sin potencia. Pues bien, la forma "pura" del juego es el amor. En el amor nadie pierde. El amor rompe a cantar. Y a bailar. La

belleza del juego puro es el canto. Las personas convocan al amor, al juego. Así se formula el trascendental "belleza" a nivel personal. La Belleza de María convoca. Estamos ya hablando de la metalógica de la libertad, el puro amor. Polo dirá: el amor es el juego, y el juego es el canto. Los juegos en esta vida acaban cansándonos, pues se cierran al ganar o perder. La culminación del amor en la otra vida es un juego que inventará nuevos juegos. Eternamente sin fin, sin cerrarse. El juego absoluto, la fiesta interminable.

14. El Misterio de Dios

La inagotable actividad (siempre "además"), que seguiremos teniendo o siendo en el Cielo, se debe a que, al ser segunda, la persona se corresponde, en comunión, con la Vida de Dios. Con el crecimiento de Dios. Bien entendido, no se trata de que Dios "crezca" adquiriendo perfecciones que no tenía antes, sino que Dios es como Llama de fuego, siempre en actividad. Amor. Nosotros somos llama en la Llama. La Vida divina no es como la de las criaturas. Las criaturas, reciben lo que no tienen, a lo más, aceptan libremente. Dios es Dar, Aceptar, Don, sin separación ni confusión ni orientación. Ni exclusión. Acto puro. Polo dirá que el crecimiento personal humano sólo se explica si Dios es también un ser creciente: '*crecimiento originario absoluto*', como él lo llama. Es Dios la fuente del crecimiento, en Él se origina el crecimiento trascendental, porque Él mismo es puro crecer. Eternidad siempre viva, eternidad siempre rebrotante, eternidad siempre joven, crecimiento trascendental originario. Textualmente: "Un crecimiento que no implica un crecer respecto de algo más pequeño, que no implica un desarrollo, sino que es el hiper-crecimiento. Hay que verlo más por esa línea, un acto rebosante que no tiene nada que alcanzar... Es verlo como crecimiento originario... Un Dios estabilizado estáticamente como un todo, a mí no me resulta muy claro". Para aproximarnos a ese Fuego, debemos descartar la noción de

"totalidad". Crecimiento y totalidad no son compatibles. La totalidad sería la detención del crecimiento. (El dios de Hegel se detiene en el Todo). Si somos capaces de entender la destotalización nos acercaremos a comprender el *crecimiento originario absoluto* que es Dios. Que Dios sea *crecimiento originario absoluto* no significa, insisto, que Dios crezca como crecemos nosotros, sino que es el Origen del crecer, que es más que el crecer. Dios es puro crecer de una Persona Divina con otra Persona Divina y en otra Persona Divina. Inagotablemente las Tres. Que Dios sea el absoluto Origen del crecer es más que crecer. Por ser Origen del crecer, no es algo detenido. Es Fuego, Dar, Aceptar, Don. Ser Originario es más que "cada vez más", y ése es el misterio de la Identidad. La Identidad no es algo detenido.



Nos acercaremos de este modo al conocimiento del Misterio. Misterio es "iniciativa divina". Dios es Misterio. Uno es el camino de la metafísica y otro el camino de la antropología. El acceso a Dios en metafísica se advierte como Identidad Originaria. El acceso a Dios en antropología, se alcanza como Originariamente Persona, que sabe de sí, al mantener y ratificar la advertencia de su Identidad. Ahora bien, es claro que esa Persona Originaria no puede ser trascendentalmente sola; por eso Dios no es solo la Identidad Originaria, sino el Ser Pluripersonal. Y no puede ser Sola porque la carencia de réplica es imposible en el Origen. De una parte, la réplica en Dios no puede tratarse de "otro origen" pues ello es incompatible con la Identidad. Pero tampoco puede tratarse de una persona indistinta, porque ello conduce a entender la identidad como

mismidad. El tratamiento de la distinción de las Personas divinas corresponde a la Teología de la Fe sobrenatural. Sin embargo, la antropología trascendental permite vislumbrar la distinción personal en la Identidad Originaria (AT, 172). El amar personal humano guía nuestro conocimiento de la intimidad divina. Comprender a Dios como amoroso "crecimiento" Originario, en lugar de ponerle un tope, abre la investigación filosófica a la esperanza. Dios nos dará siempre más. Abre la averiguación filosófica al conocimiento de Dios como Dar, Aceptar, Don. En Dios el tres es trascendental. Recuerden que clásicamente los trascendentales son considerados como propiedades puras del ser. Cada Persona divina es Actividad pura, sin potencia. Sólo Dar. Sólo Aceptar. Sólo Don. Llama de Fuego. Sólo no indica aquí soledad, sino pureza. En Dios nada es exclusivo, sino distinto. Tres Llamas en una Llama. La persona humana sí carece de réplica en su interior. En Dios esa soledad es imposible. Hemos llegado al Misterio inabarcable de la Trinidad

15. Apéndice sobre el sentido de la vida interior.



Hemos llegado al final de la exposición de nuestro ascensor acristalado. Este mito me ayudó a entender que la persona es crecimiento inagotable. Lo es más allá de la azotea y lo es desde la creación de cada persona.

Pienso que así describimos la subsistencia (somos relación subsistente, en el orden del Origen, porque Dios me sostiene y eleva sin cesar). La vida interior es el saber de mí (coincide con la apertura interior). Saber de mí, hacia afuera y hacia adentro o hacia arriba. Acabo de descubrir la apertura hacia arriba i!! (Quizá esto sirva para comprender lo que Polo dijo en tono coloquial: en el hombre el dos es trascendental. No en el sentido de que el hombre sea dos personas, sino de que la persona humana es coexistente en Dios). El crecimiento personal es "vida interior", es decir, vida o crecimiento "hacia adentro", "hacia afuera (crecemos juntos)" y "hacia arriba". De tal modo que el ascensor no sube hacia más allá de las estrellas, sino que sube subsistentemente en Dios. Dios es más íntimo que el centro de la tierra. Estamos subiendo con Dios, por Dios y en Dios.



Esta comunicación la escribí con mi compañero de ascensión, Joseph Kabamba, (lo pueden ustedes seguir en su blog "Preguntas polianas". <https://preguntaspolianas.blogspot.com/>)

La empecé en Lubumbashi, y la terminé en Kinshasa, en los años de la pandemia, de septiembre 2020 a septiembre 2021